

Crónica de un reino

*Como en los cuentos árabes,
la lagartija se fue convirtiendo en un
gigantesco dragón de siete cabezas.*

Aconteció que el Rey Salim decidió – por consejo de sus sabios asesores– mandar al diablo a la cultura y a los cultureros de su reino, tachándoles de vagos, malvivientes, borrachos consuetudinarios y aviadores reales. En pocas palabras: parásitos.

Pero, astutamente y para no provocar la furia de los dioses, concedió dádivas a becarios ávidos de la soberana protección. Destinó ayuda económica para sostener, en el principado, a su ministro de cultura y sus allegados. No reparó en asignar un monto permanente para gastos destinados al sostenimiento de la poca burocracia del enquilosado “elefante blanco” en que había convertido al inmueble cultural.

Disuelta la minoría culturera, entre artistas plásticos, poetas, escritores, intelectuales y uno que otro bohemio asociado, el reacomodo se dio como se esperaba. El soberano los retiró al exilio voluntario, mientras quienes coqueteaban con la realeza se sumaron a los ministerios como versátiles y polifa-



© Perla Estrada. Cantos de viaje

*Hilario Feria Pérez, Villahermosa, Tabasco. Su pasión por el relato se acrecienta en 1986, al obtener el premio estatal de la Juventud “Francisco J. Santamaría”, por Creación Literaria. Aunque en un principio sus creaciones fueron narrativas, en la actualidad también incursiona en la poesía. Sus textos han aparecido en el periódico La Verdad del Sureste, en la sección cultural y en la columna “La Torre de Babel”. En 2002 publicó el libro de cuentos Lagamarina, donde aparece el texto Crónica de un reino que hoy presentamos en la sección No Leer. Aparece en dos antologías sobre narrativa: Primero la Voz, editada por la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco en 2001, y Lecturas Tabasqueñas, del Instituto de Educación para Adultos de Tabasco (IEAT) en 2010. Su poesía se puede apreciar en la antología poética Tinta Savia publicada en 2018. Es cofundador y miembro honorario de la Sociedad de Escritores “Letras y Voces de Tabasco” A.C.

céticos equilibristas, prestidigitadores, bufones y hasta arlequines de pacotilla.

Desde entonces, todos los males le sobrevivieron al reino de Salim “El Honorable” –como le decía el vulgo. Una maldición había caído sobre su soberana cabeza.

Para afrontar las pestes que le auguraban, sus sabios asesores le aconsejaron comprar en grandes cantidades “papiro amarillo” con el que tapizarían y alfombrarían los lugares donde sus reales pies pisaran. Encargaron a una familia de viejos impresores –agresivos comerciantes y conocedores del papiro amarillo– les surtieran aquella mercancía que tanto anhelaba el Rey. No les dio resultado. La peste del descontento comenzó a asomarse por la comarca. Los labriegos afectados por la plaga se alzaron contra el reino exigiendo indemnizaciones y respeto. Los pescadores llenaron la plaza del palacio real con pescados contaminados, demandando soluciones y sustento. Los ganaderos y ordeñadores descargaron sus lecheras frente a palacio como protesta por el encarecimiento de la vida y parecía un río blanquecino escurriendo por las cunetas hasta el centro del reino.

Aunque el Rey Salim enviaba emisarios, éstos no podían convencer al pueblo y en cada aldea se inflamó el descontento y comenzó a reventar el mal como los granos del sarampión o la rubeola. “El Honorable” había perdido el control.

Los sabios volvieron a la carga. Le aconsejaron a Salim que saliera al balcón de palacio y se comprometiera –hasta las lágrimas– con los aldeanos; que dijera que todo se arreglaría; que empeñara su palabra “total –dijeron los sabios– la plebe siempre se conforma con escuchar lo que desea oír”. Así lo hizo. Les ofreció soluciones, arreglos e indemnizaciones. Pero no cumplió. Como no tenía más palabras para empeñar, “El Honorable” solicitó a sus asesores le dieran alternativas que compensaran aquella situación. Los sabios –prestos– le propusieron organizar un torneo de caballería con los mejores gladiadores de la región; pero el soberano rechazó la idea argumentando que tal evento era muy conocido y común para impactar al pueblo.

Entonces acordaron concertar un juego de pelota, lo que era novedad en otros reinos. Así lo hicieron. Con la ayuda de algunos influyentes de la corte arreglaron todo para que el equipo del Rey Salim saliera victorioso en cada encuentro. Invitaron a los aldeanos a todos los juegos llenando el estadio; inclusive, el mismo soberano ocupaba –en cada partido– su sitio de honor para ver ganar a su rebaño. El triunfo fue inminente. Hubo fiesta, vino, cohetones, algarabía. La plebe salió a festejar el triunfo de su equipo por todo el reino. Era la primera vez que sucedía algo semejante; pero los problemas seguían ahí. Entonces el Rey Salim mandó traer –de otros reinos– hermosas doncellas para montar todo un espectáculo erótico, donde las muchachas danzarían y se presentarían a la gente “como Dios las echó al mundo”. Los ánimos se encendieron porque, sin duda, correría el vino y vendría gente de muchas partes.

No pasó nada. Las manifestaciones de descontento continuaron todos los días. “El Honorable” había caído en el descrédito. A la muchedumbre la había engañado nuevamente con aquello de la caravana de potentados que vendría a explotar la tierra y darles trabajo; pero no fue así. Esos potentados trajeron a sus propios trabajadores. Familias enteras se sumarían a las familias del reino y lo único seguro que le esperaba al pueblo eran las migajas y la miseria. El caos se agigantaba, mientras los consejeros del Rey no sabían dónde meter sus cabezas. El Rey Salim pensó que su última carta era “lo cultural” y decidió regresar como el hijo pródigo. Con la idea de congratularse con el vulgo, descombró el único teatro que hubiera sido digno del elogio en toda la comarca y que él hiciera cerrar en un arrebatado de sapiencia celestial. Aconsejado por sus sabios contrató un ballet afamado –que saliera de su reino después de haber roto con el despotismo de su anterior soberano– y anunció la función. Las tramoyas oxidadas por el abandono brutal fueron barnizadas y las goteras que llenaban el espacio se hicieron taponar para dar la impresión de remodelación de gala en un escenario húmedo. Se colocó a la

entrada un letrero que decía: “Regia Reapertura”. Los habitantes del reino pasaban frente al anuncio y se preguntaban qué otra estratagema se le había ocurrido al Rey Salim.

Ante los grandes fracasos, el soberano se sentó a llorar su desgracia al pie de su propia tumba.

Al acercarse las celebraciones del día de difuntos, sus asesores –aquellos que dilapidaron impunemente los tesoros del imperio– entregaron al “Honorable” un amplio inventario con forro de piel de armiño donde se registraban las muertes que el reino –otrora grandioso– había sufrido. Erguido el soberano fue revisando el manojito de papiros, reconociendo uno a uno los epitafios consignados en aquellos registros que resultaron un compendio de esquelas.

En el primer pliego se leía: “Aquí descansa la honorabilidad. Padeció y sufrió muerte natural por falta de voluntad. Aquí descansa también la palabra empeñada, las promesas no cumplidas y la credibilidad. Que los dioses no tomen en cuenta tan grave falta”. El siguiente papiro, escrito en tinta azul y verde apuntaba: “Réquiem por los mantos acuíferos: mares, ríos, arroyos, lagunas y esteros; por su hermosura devastada sin piedad y sin conciencia. Que el cielo perdone nuestra dejadez y nuestra locura por el poder y el lucro; que perdone a los cavadores quienes mataron la flora y la fauna con su oscuro veneno en nombre de la civilización y el desarrollo. De nosotros sus cómplices, Dios tenga piedad. Llanto y luto por tan irreparable pérdida”.

Por cada epitafio que leía, el Rey Salim, encendía una velita justo en la puerta de palacio. Cuando se dio cuenta, todo el salón estaba iluminado por cientos de velas que llenaban el espacio; sin embargo, continuó con la revisión de los manuscritos, hasta que extendió un legajo de color rojo sangre, volteó hacia los sabios y todavía estaban ahí como esperando una orden o una solicitud de consejo. En los papiros rojos se leía con toda claridad: “Dejad que descansen los derechos de la humanidad, caídos en la lucha por el respeto, la libertad y la justicia en manos de la primitiva representa-

ción del orden y sus órganos”. Más adelante, como letanía interminable, apareció un texto largo: “Agricultores reprimidos... descansen en paz; pescadores empobrecidos... descansen en paz; burócratas despedidos... descansen en paz; jóvenes torturados... descansen en paz; viudas violadas... descansen en paz; esposas envilecidas... descansen en paz; madres desoídas... descansen en paz; niños explotados... descansen en paz; obreros sin empleos... descansen en paz; periodistas maniatados... descansen en paz; familias marginadas... descansen en paz; ciudadanos sin justicia... descansen en paz; pueblo engañado... descansen en paz”.

Sudando, el Rey Salim, volteó a ver a sus asesores, pero naie estaba a su lado. Todos habían corrido a festejar a sus muertos; únicamente las velitas se consumían como las horas del soberano. Finalmente hojeó los manuscritos restantes, donde aparecía una esaquela dorada que decía: “Oremos por los padecimientos, por el deceso y el olvido de la cultura...”. Ya no pudo seguir leyendo; dobló el pliego en cuatro partes, lo puso en su sillón y se sentó sobre él. Ahí se quedó con los ojos abiertos como si mirara al cielo. Como si descansara en paz.



© Perla Estrada. La Ilusionista